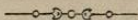


na cosa á fin de captarse su simpatía, ¿podrá decirse por esto que lo educa mal? ¿De quién será, en caso, la culpa sino del que la impide la incomparable dicha, como madre, de tener á su hijo á su lado constantemente?

No es, pues, extraño que esta conducta despierte el ódio en el corazón de la mujer: no es ilógico suponer que su dilacerado corazón sienta por fin el egoísmo, cuando en él se le alecciona. Soñó con el cariño de su esposo, repetimos, y este fué efectivamente una visión del insomnio; reasumió su dicha en el amor de un hijo, y le separaron de su lado, le evitaron en lo posible su presencia, que era su vida, destruyendo la última ilusión de su alma. Esposa y madre, ha visto desvanecerse sus ensueños y premiado su amor con la ingratitud y el desvío: la conducta del hombre amado la hiere de muerte en el alma, y el aislamiento en que se encuentra es el sudario anticipado de su tumba.

La flor de sus amores no exhala su perfume en el hogar, y yace marchita en el retiro de su corazón: aquel camino que se abrió á sus ojos en el vergel de la dicha, trueca sus fragantes rosas en punzadores abrojos, y la esposa camina á su ocaso envuelta en las tinieblas de su oscuro porvenir, y llevando en la mano la palma de su inmerecido martirio.




---

## CAPÍTULO XXIII.

¡Delirium!

Esta forma constitutiva de la familia, hoy tan común y que tan natural ha llegado á parecernos en fuerza de la costumbre, está proclamando más altamente que lo que pensamos la gran parte que á la mujer corresponde en el progreso humano, y la superioridad psíquica que sobre el hombre tiene. Inútil es, en verdad, este exceso de espíritu sobre la materia, y es inútil, no porque carezca de aplicación, no porque la práctica deje de mostrar sus resultados, sino porque aislando á la mujer de toda instrucción, monopolizando todos sus derechos, tiende el hombre á convertirla en autómatas y pone enérgico *veto* á las manifestaciones de su espíritu.

No es raro ver en los matrimonios por conveniencia, en esos matrimonios en que la atonía del alma es una consecuencia lógica del amor á la dote, llegar el término de la vida común ideado por una separación más ó menos ingeniosa en su forma, aunque horriblemente inmoral en el fondo. Es una rescisión de contrato en la que el hombre, que es el que ordinariamente la plantea, pretende adquirir letra abierta en el mundo para hacer gala de su tra-

vesura, y reconquistar una libertad á que voluntariamente renunciara. Obrando lógicamente, puesto que aseguró aquellos bienes que tanto anhelaba, poseyéndolos de derecho en virtud del nacimiento de un hijo, su union con la antigua poseedora no tiene ya razon de ser, le molesta, y tiende á desligarse de una traba impuesta á su libre albedrío en una operacion matemática, y creada por lo que en su cinismo califica de una fórmula.

Ya consiguió su objeto apartándose de aquella mujer que cree innecesaria, que no solo le es indiferente, sino que le repugna, y vedle ahí, marchando por el mundo con la cabeza erguida á guisa de héroe, y pareciendo decir á la humanidad: «¡Admírame, soy un hombre!» Nada le arguye su estragada conciencia, nada le importa de aquella pobre madre á quien abandona á su propia suerte: su hijo no le preocupa, puesto que vive en un colegio donde puede verle cuando lo necesita, si es que almas tan bajas sienten el amor paternal, y en virtud de aquella emancipacion puede, sin cuidarse del escándalo, llevar una existencia de goces y placeres, á tal de cubrir con la hipocresía los actos de su brutal intemperancia.

Ha deseado recorrer de nuevo el mundo sin la impertinente compañía de un Mentor, y allá está el mundo esperándole con los brazos abiertos, y brindándole con el beleño de sus placeres. El lujo, la ostentacion, las reuniones, el baile, el teatro, la orgía, la satisfaccion, en fin, de sus pasiones todas, le brindan con delicias siempre nuevas, y á ellas se encamina coronada su frente con la hiedra del ro-

mano, y adornando su boca con la sarcástica risa del sacerdote de Baco. ¡Paso al hombre feliz! ¡Plaza á ese infortunado ser que marcha en busca de la felicidad!

Le hemos llamado infortunado, y lo sostenemos: objetarásenos que no puede aplicarse este calificativo al hombre que vé realizarse sus sueños, al hombre que la fortuna sonríe conduciéndole en su rueda entre los deleites y las seducciones de la vida: sin embargo, es infortunado porque arrastra consigo el cadáver de su corazon; porque, nuevo Tántalo, no encontrará momento de reposo en su vertiginosa carrera; porque habiéndose de ocupar puramente de la vida física, renuncia á su alma, á ese destello divino que le coloca sobre los demás seres de la creacion. Para él será efímero el amor, para él se convertirá su conciencia en testigo inexorable de sus actos, para él no abrirá su cáliz la consoladora flor de la amistad, y llegará el momento en que le hastie ese mismo placer que busca.

Ahí le teneis, hombre á la moda, segun la sociedad ficticia de parásitos que por doquier le rodea: él se presume en la verdadera sociedad, y ciego por su egoismo, narcotizado por las adulaciones de los que le explotan, cree perdido el momento que no dedica á su vida de disipacion.

Se hace enemigo del trabajo, porque ¿para qué trabajar si el oro parece nacer en su gabeta? Se hace insensible; ¿para qué la sensibilidad sino reconoce otra pasion que su amor propio? En vano será que el mendigo le tienda su descarnada mano, porque la caridad, como virtud, no existe para él, y si

alguna vez la práctica, será con el fin de que su acción se comente, y celebren sus adoradores esa esplendidez, esa generosidad que está muy lejos de sentir. No pretendamos hablarle de ciencia, porque según él, la verdadera ciencia consiste en vivir todo lo más cómodamente posible, y sus verdades solo son utopías que roban al hombre su alegría y le hacen inútil en la sociedad. ¡Religion! ¿Qué es para él la religion sino un tejido de superscherías y un dédalo de lazos que sujetan la inteligencia del hombre? Él es un ser superior; quédense esos rudimentos para amoldar el carácter de los niños con los tenebrosos espectros del miedo.

Así marcha á través del tiempo, semejante á la mariposa, cuyos volubles giros la conducen de flor en flor por la pradera: se ha formado una corte de amigos que por doquier le siguen, y que le reconocen tal superioridad, que sus caprichos equivalen á una orden. Placeres de la mesa, giras campestres, caballos, mujeres de amor fácil y que al parecer son sus esclavas, fortuna en el juego, brillantes saraos y cuanto tiende á convertir la vida en un continuado deleite, todo se ofrece á sus ojos, y en sus goces se embriaga olvidando el pasado y no preocupándose del porvenir.

El goce es su norte, su aspiracion única. ¿Qué le importa la desgraciada que llora su desvío? ¿Qué aquel hijo que solo ve una vez en semana y aún quizá con menos frecuencia? Mira á la primera como un obstáculo encontrado en su marcha y ya separado de su camino, y al segundo..... solo le preocupa la pension que para él debe distraer de sus

fondos. A veces, tras una noche de placer, vé merecerse en la sombra del ensueño la silueta de esos dos seres abandonados, y su febril cerebro le traza el cuadro desgarrador de sus dolores; pero pasado aquel primer momento, aparta de su mente con enérgica voluntad la *simpleza* que le entristeciera, y vuelve de nuevo á la lucha con más furor que ántes, con más sed de placer que sentimiento en su espíritu.

Para él solo existe la amistad de sus compañeros de aventuras, de aquellos hombres que se desviven por él, procurándole toda clase de deleites, y á los cuales mira como su providencia en la tierra. No atraviesa su mente la idea de un desengaño, porque dominándolos á su placer, se figura que su imperio sobre ellos es estable é infalible su táctica de atraccion.

Mas llega un dia en que arriesgando su capital sobre el tapete de una mesa de juego, recibe un golpe que abre en aquel una profunda brecha. ¿Qué importa? Si hoy pierde, mañana habrá recuperado lo perdido, y alimentando esta esperanza, corre á borrar la nube que sombrea su frente entre los brazos de aquellos fáciles amores que le resarcen del hogar perdido. Pero ¡oh fatalidad! El ángel de aquel paraíso *no está en casa*, y tiene que buscar en la amistad aquel goce que el destino le niega. *Casualmente* tambien el *amigo* cuya compañía solicita, está afligido por una pena (no importa cual), que le recluye en su casa y sombrea su rostro con la más negra melancolía. Nuestro héroe, que no está muy dispuesto á compartir con nadie el dolor, se separa

de *su querido amigo*, y recordando un adagio que dice, «donde se pierde la capa allí se la gana», vuelve otra vez al juego, y acaba por perder el capital que le resta. Desde aquel momento empieza su castigo: aquellas mujeres que ensayaban para él las más delicadas sonrisas, aquellos amigos que le envanecían con el incienso de la adulación, se separan de su lado como por encanto; y cual si la lepra hubiese invadido su cuerpo, evitan su presencia y hasta le niegan aquel saludo que tanto le prodigaron en días de bonanza.

Sus circunstancias sociales le obligan á desprenderse de aquel lujo y ostentación en que viviera: ya es un extraño entre los bastidores de la Opera, y aquel enjambre de lucientes mariposas que le rodeaba por doquier, desaparece de su vista con el último doblon de su bolsillo. . . . Pero le dejan un recuerdo; recuerdo triste que le sume en el lecho del dolor, porque el padecimiento físico suele ser la consecuencia de heridas morales. Solo en su boharcilla, recostado en el jergon de paja que ha sustituido á su antiguo lecho de pluma, este infeliz vé pasar como por los cristales de un cosmorama los episodios todos de su vida: planeta errante en el espacio, sin satélites que alumbren su noche, vé destacarse de la oscuridad de su conciencia los vengadores espectros del remordimiento.

Desfilan ante él aquellos primeros años en que los cuidados de su madre se adelantaban á sus necesidades ó proveían á sus caprichos: despues aquellos círculos de placer donde buscaba entre las jóvenes más bellas la que había de ser su compañera:


en la pléyade brillante de aquellas mujeres, distingue una en quien á su pesar tiene que fijar sus ojos. Es su esposa, aquella niña que le dió su amor y su mano, aquella mujer que tanto ambicionó y en la que cifraba sus esperanzas: vá espléndidamente vestida, y de entre el escote de sus ropas se escapa un río de monedas de oro, como brillante cascada que se derrama sobre la cola de su vestido. Un hombre camina tras ella recogiendo aquel oro y dándolo á manos llenas á una infinidad de hombres y mujeres que le siguen, y que al volver la cabeza le pagan con las más cínicas muestras de burla. Aquel hombre se le parece, aquel hombre es su retrato: es él.

La decoración cambia de repente: vé á aquella mujer en medio de un lago y próxima á verse envuelta por las olas: tiende su mano para socorrerla. . . . y la retira presuroso; ¡aquel lago está formado por lágrimas! Un joven salva á la esposa y la conduce á tierra; su fisonomía no es desconocida á nuestro febril personaje, que grita por fin: «¡Hijo mio! ¡Esposa de mi corazón!». Entónces el joven vuelve la cabeza, y fijando en él sus grandes y hermosos ojos, le pregunta: ¿quién eres? ¡Ni aun su hijo le reconoce!

El insomnio termina y le trae á funesta realidad: la idea del suicidio acude á su mente con terrible insistencia, y al apoyar el frío cañon del arma en su sien. . . . le detiene una mano cariñosa, mientras resuenan en su oído las palabras «perdon y olvido.»

Es su esposa, que quiere poner en acción la parábola de «El Hijo pródigo,» y que no esperando que este hijo vuelva á la casa del padre, sale á bus-

carle al desierto de su vida. Es la criatura amante que, compadecida de su desgracia, vuela presurosa á socorrerle y le brinda de nuevo con las dulzuras del hogar, arrancándole á la desesperacion y á la miseria: es aquel ángel que le muestra el cielo de la dicha conyugal, dicha llena de goces tranquilos y purísimos, diciéndole al mismo tiempo para sostener su decaído espíritu: «Olvidalo todo, como yo lo olvido por amor tuyo; vén á ser el amo de tu casa y el señor de mi corazón; tu hijo y tu esposa te acompañarán en tu peregrinacion sobre la tierra, y su amor ensanchará tu camino hácia la eternidad.»



---

## CAPÍTULO XXIV.

---

### Los defectos de la mujer.

Varios son los móviles que impulsan hoy á la mujer á declarar la guerra al hombre y usar de represalias en su conducta, aprovechándose de circunstancias que le son más ó ménos favorables. Adquiriendo, como adquiere, aun á pesar de su escasa instruccion, el convencimiento de su valor moral, le explota en contra del hombre para devolverle mal por mal, y acaso sin conocerlo, es en su manera de obrar el castigo que la providencia inflige al hombre por el desacierto de no educarla convenientemente. La coquetería, el amor propio, la passion del lujo, la avaricia, la mentira, la infidelidad, todos aquellos vicios de que culpamos á la mujer, son obra de su educacion exclusivamente, y por una misteriosa é inexorable reciprocidad, el hombre es el primero que experimenta los efectos de su perniciosa doctrina.

LA COQUETERÍA es un defecto que incita á la mujer á buscar en las adulaciones de diferentes hombres una atmósfera en que desenvolver el encanto de sus seducciones, sin que en su corazón se agite otro deseo que el de ser admirada. Este vicio por sí

solo, es bastante á desnaturalizarla, puesto que la enseña á no sentir otro afecto que el de su propia estimacion: puede ser su más terrible enemigo, porque acostumbándola á la lisonja y á las adoraciones de muchos, le roba tal vez el cariño de un hombre honrado, que pudiera hacer de ella una buena esposa, y acaso, semejante al niño que juega con fuego desconociendo sus propiedades, puede ser arrastrada por su imprudencia á una perdicion más ó ménos lejana.

El hombre por hacer gala de su ingenio, por demostrar á la mujer la estimacion que le merece, le dirige frases galantes, celebrando su hermosura, ponderando los goces que con su presencia debe sentir el hombre á quien dé su mano, y la dicha que sonreirá al que consiga hacerla sentir una passion. Es adoptar un camino erizado de obstáculos para llegar al fin moral de obtener una primera simpatía, despreciando la hermosa calzada de la verdad y el sentimiento. La niña que oye con curiosidad esta doctrina, que absorbe por todos sus poros ideas que envenenan su alma, cree que la verdadera felicidad consiste en aceptar las adoraciones de todos, sin permitir á su corazon que se interese por ninguno, y armada con esta cota, se hace invulnerable al sentimiento, incapacitándose para ser buena esposa y buena madre de familia.

EL AMOR PROPIO es una de las formas con que se disfraza la coquetería ó coquetismo: es el concepto erróneo que la mujer se forma acerca de su valor, y cuyo desarrollo obedece á las mismas causas que el vicio anterior, siendo en sus consecuencias mucho

más terrible, puesto que la hace imperiosa y la excita á sostener su opinion contra todo lo que no esté en concordancia con sus deseos y aficiones.

EL LUJO es tal vez la passion más desarrollada en la mujer, y la que más daño le causa, sin que su afan inmoderado por él le permita notar sus efectos. Tendiendo á sacarla de su esfera, representándole las ventajas que su esplendor ha de darle en la sociedad, no hay sacrificio que la mujer no se imponga si de él ha de resultar la posibilidad de adquirir un adorno ó una joya. Es lo primero que la niña aprende, porque los padres, ya por un exceso de cariño, ya por soberbia y vanidad, tienden á que su hija vista mejor que sus compañeras de juego y de colegio, imponiéndose para ello privaciones más ó ménos grandes, y recurriendo á medios más ó ménos violentos para conseguir su objeto.

Acaso el trabajo del padre no produce los rendimientos necesarios á soportar este gasto, y como por otra parte, no es muy fácil renunciar á comodidades en otro tiempo adquiridas, el hombre pronuncia la palabra *préstamo*, y entrega su industria, su produccion y su capital á las devoradoras fauces de la usura. Inútil es querer que la deuda desaparezca; inútiles los esfuerzos que para ello hagan de consuno el esposo y la esposa, porque sus necesidades aumentan, disminuye el fruto de su trabajo, y el afan de aparentar una posición social de que carecen, la afición que en la hija han creado por las seducciones del lujo, les hacen caer de nuevo en el abismo de la deuda, cuyo fondo insondable aniquila sus esfuerzos. Semejante al imprudente niño que,

jugando sobre el hielo, resbala, cae y vuelve á incorporarse para caer de nuevo, esta infeliz familia va de desdicha en desdicha, sufriendo esa miseria con apariencias de riqueza, que es mil veces más triste que la miseria del proletario.

La niña que ha visto desde que tiene uso de razon el procedimiento empleado por sus padres para adquirirse lujo, llega á la pubertad soñando siempre con espléndidos trajes y con todas las delicias sibaríticas de una opulenta vida. Ya es una mujer, ya no la seduce el modesto traje de percal, sino que atraen su atencion la seda y el terciopelo: «¿porqué no he de tener yo un vestido de seda como el de fulana? ¿Acaso lo merece más que yo?» De estas dos preguntas forma su nueva religion, esa religion que la conduce á los mayores extravíos, y cuya práctica le muestra todos los secretos de la maldad. A partir de este momento, refunde los sentimientos de su alma en un solo ideal, el lujo: poco le importan los medios, á tal de conseguir el fin. Si la ruina de su casa es precisa, no vacilará en arruinarla: si la amistad es un inconveniente, hollará esa amistad que le estorba: si es precisa la venta de su alma, su alma será vendida..... y no debemos pasar más adelante.

Como lógica consecuencia de esta desmedida afición, la mujer abre las puertas de su templo á LA AVARICIA. Desde el momento en que considera el oro como único medio de adquirir ese gran móvil de su pasión, el lujo, ya despierta en su corazón un desmesurado amor hácia ese metal. Este amor, vago é indefinido al principio, llega á convertir-

se en pasión, y pasión veheméntísima en la mujer, porque con el oro puede, no solo atender á sus comodidades en la vida, sino seguir en su caprichoso giro á esa reina del mundo que se llama *la moda*.

Destierra, ó mejor dicho, ahoga en su corazón los generosos sentimientos en él innatos, y aprendiendo el funesto axioma de *tanto vales cuanto tienes*, se connaturaliza con él, y mide á los hombres, no por su talento, jamás por la bondad de su alma, pero siempre por la posición social que ocupan y por el rango que les corresponde en la escala de la riqueza. Admite gustosa y sonriente las atenciones de un hombre si puede sospechar en él las riquezas con que sueña: tal vez ese hombre la ama, tal vez ansía la dicha de un recíproco amor; pero si ante él se interpone otro que posea más, la versátil mariposa vuela á posarse en aquella flor y deja abandonado al dolor y á la desesperación aquel inocente que se creyera correspondido. Nada le importan sus penas, nada el sufrimiento moral á que le condena: le han enseñado á distinguir las ventajas del capital, y el capital es su norte: el hombre sería ilógico al quejarse por esto de su discípula.

Consecuencia es también de esa falsa educación que infiltramos en la mujer, el repugnante vicio de mentir, ó sea de desfigurar con la palabra sus ideas y sentimientos. La hacemos conocer LA MENTIRA desde los primeros albores de su vida, bajo el pretesto de una amabilidad extremada aun con los seres que le son repulsivos, inclinándola á que se les muestre propicia y aun más cariñosa que con los

demás, porque es de mal tono mostrar antipatía á determinadas ideas ó sugetos.

No llamamos para ello á la puerta de sus purísimos sentimientos, no inculcamos en ella la idea de que todos somos hermanos y como tales estamos en el deber de tolerarnos mutuamente nuestros defectos y corregirlos con nuestros consejos y nuestro ejemplo. Le hacemos creer, por el contrario, que en razon á esos mismos defectos y para prevenirse contra ellos, debe ocultarlos bajo la máscara de una excesiva bondad: se los presentamos como implacables enemigos contra los que ha de esgrimir como arma invencible el fingimiento, y por tanto la mujer se acostumbra á fingir.

En las tertulias, en el paseo, en el teatro, en la sociedad, finalmente, oye la jóven elogiar sus gracias, sus cualidades, sus trajes; y resonando aún la lisonja en sus oídos, acaso se confunden con ella ecos de murmuracion que la prueban que si el hombre le ha tributado sus elogios, ha sido con el objeto de cumplir con ese deber que se llama galantería, para desmentir despues y públicamente cuanto en su obsequio dijera. Vé además, que un jóven le habla de amor, que aparece ante ella enteramente poseido de esa pasion brindándole con un porvenir de ventura, y como más ó ménos tarde descubre que ese amor es una farsa indigna y cruel, ahoga en su corazon el gérmen de simpatía que por ese hombre sintiera, y temiendo que un desaire arrastre á su amante hasta la calumnia, sigue fingiendo un amor que está muy léjos de sentir.

Sus relaciones con aquel hombre pueden ser im-

puestas por la familia en atencion á las conveniencias sociales, y dicho se está que entónces hasta su mismo padre le enseña á mentir, porque segun él no puede ménos de obedecerle, y para evitar la maledicencia y la murmuracion, debe ser con su futuro esposo, al ménos en público, tan cariñosa y tan amable como si libremente le hubiera elegido su corazon.

LA INFIDELIDAD es hija natural de esta educacion viciosa y contraproducente: la mujer camina al matrimonio coronada de rosas y llevando la muerte en el alma, é inclina la cabeza ante la imposicion, como las víctimas de la ley mosaica ante el martillo del sacrificador. Se agita en su cerebro la idea de que el hombre la compra como esclava, y por tanto llega dia en que se le rebela: no es en verdad porque la mujer tenga esta tendencia, sino porque el hombre se la hace adquirir con el dolo que emplea para sujetarla á su carro vencedor.

El marido, una vez instalados en su hogar, no la mira y atiende como su compañera, sino que la impone su voluntad como dueño; no la atrae con su cariño, sino que la excita con su extravío, y como es natural, la mujer, débil por naturaleza, se extraía, porque el ejemplo es la enseñanza que dá más prácticos resultados. El marido infiel, se atrae la infidelidad de su esposa, tanto por el ejemplo, cuanto por espíritu de compensacion: la mujer es entónces lo que el esposo quiere que sea, y se convierte en su castigo más terrible.

